



RESISTIENDO EL ENCIERRO: LA HEGEMONÍA DE GÉNERO Y EL DISCURSO
MÉDICO EN DISPUTA EN *MRS DALLOWAY*

Author: Felipe Acevedo Riquelme

Source: *English Studies in Latin America*, No. 20 (January 2021)

ISSN: 0719-9139

Published by: Facultad de Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile

This work is licensed under the Creative Commons Attribution-Non Commercial-No Derivs 3.0 Unported License. To view a copy of this license, visit <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/> or send a letter to Creative Commons, 444 Castro Street, Suite 900, Mountain View, California, 94041, USA.

Your use of this work indicates your acceptance of these terms.





Resistiendo el encierro: la hegemonía de género y el discurso médico en disputa en *Mrs Dalloway*¹

Felipe Acevedo Riquelme²

RESUMEN

Este artículo se centra en las formas en que *Mrs Dalloway*, de Virginia Woolf, problematiza dos dispositivos que regularizan de forma paralela el orden jerárquico de las estructuras binarias “masculino/femenino” y “salud/enfermedad”: la heteronormatividad y el discurso médico. Además, se propone que el encierro es la forma en que dichos dispositivos operan y se manifiestan. El análisis se centra en dos ejes: por una parte observa cómo dichos dispositivos operan dentro del espacio privado, y por otra cómo estos son desbordados en el espacio urbano. Para poder llevar a cabo el análisis se tomaron principalmente en consideración la postura de Judith Butler expuesta en *Gender Trouble* y la de Georges Canguilhem en *The Normal and the Pathological*.

PALABRAS CLAVE: Heteronormatividad, medicina, encierro

ABSTRACT

This article is centered on the different ways in which Virginia Woolf's *Mrs Dalloway* questions and exposes two devices that control the binary hierarchical order of “male/female” and “health/disease”: heteronormativity and the medical discourse. Moreover, it is proposed that those devices use confinement to operate and manifest themselves. The analysis focuses on two research axes: on the one hand, it is possible to observe how the devices aforementioned work within the private space, and on the other hand, how these are overflowed in the urban space. In order to convey the analysis, the ideas of Judith Butler exposed in *Gender Trouble* and Georges Canguilhem's *The Normal and the Pathological* were taken into consideration.

KEY WORDS: Confinement, heteronormativity, medicine

1 Esta investigación fue parte del artículo de egreso para obtener el grado de Magíster en Literatura Comparada de la Universidad Adolfo Ibáñez y se agradece el apoyo de la Dra. Andrea Kottow que lo hizo posible.

2 PhD (c) en Literatura de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Magíster en Literatura Comparada de la Universidad Adolfo Ibáñez y Licenciado en Letras con mención en Lingüística y Literatura Inglesas. Actualmente dedicado a investigar sobre feminidades y saberes sensibles vinculado a los alimentos y sus trayectorias.

Desde hace ya algunos años las hospitalizaciones no me son ajenas. Debido a una extraña enfermedad autoinmune que me aqueja hace más de una década, me he visto en la *obligación* casi anual de permanecer postrado en una camilla por periodos que han variado desde algunos días hasta semanas. Recuerdo en particular mi estadía más larga: veintidós días, en los que estuve mayormente siendo examinado, puesto que los misterios de mi enfermedad bizantina solo cosechaban dudas y ninguna certeza en los equipos médicos que estudiaban mi caso. Ahí aprendí que en un hospital, frente a las dudas, siempre se aconseja precaución y lo que se entendía por esta última era, en pocas palabras, mi encierro.

La consecuencia inmediata de este encarcelamiento necesario fue algo que en primera instancia interpretaría como mi nula capacidad de entender la gravedad del asunto. Daba la casualidad de que en el mismo recinto donde estaba el hospital, ocurría un seminario donde me tocaba presentar una ponencia. En un acto que me parecía completamente lógico en ese momento, le solicité encarecidamente a mi doctor que me permitiera bajar al salón donde me tocaba leer mi texto. Como era de esperar, a pesar de mi vehemente insistencia, me negaron rotundamente la posibilidad de hacer aquello.

Otras peticiones menos disparatadas sí fueron aceptadas: el profesor de piano con el que tomaba clases me llevó un pequeño teclado de juguete para que pudiera seguir practicando y mis amigos me llevaron lana y palillos para que aprendiera a tejer. Por mucho tiempo pensé que estas acciones se debían a que, por una parte, yo me negaba a tomarle el peso a lo que me estaba pasando y, por otra, a que necesitaba pasar el tiempo. Sin embargo, cuando años después rememoré esas semanas, me di cuenta de que mi actividad favorita durante aquella hospitalización no había sido tejer, ni practicar piano, ni mucho menos pensar en ponencias. El mejor momento del día era cuando llegaba una visita y podíamos salir a caminar por el hospital y subir dos pisos más hasta llegar a una sala de espera que tenía una ventana que daba ligeramente al exterior. Era el único momento y desde el único lugar donde se podía ver el exterior, aunque hayan sido solo algunos techos del mismo recinto donde estaba. No deseaba entretenimiento, sino que estar afuera, donde podía respirar aire contaminado y no acondicionado, y donde, a veces, podía decir “sí” y “no” a voluntad.

Aquello no fue algo que solo yo sentí porque, efectivamente, los encierros médicos se caracterizan por hacer que los pacientes se vean envueltos en situaciones en donde pierden la autoridad sobre sus propios cuerpos. Estos últimos parecieran ser empeñados a un saber superior que solo devuelve la voluntad sobre ellos si se normalizan y corrigen las desviaciones según lo que se considera saludable. No es extraño, entonces, que este sea una experiencia que se ha visto representada en la literatura en donde un ejemplo interesante de explorar es la novela *Mrs Dalloway* (1925) de Virginia Woolf. En este artículo destaco las resistencias que se generan entre sujetos y el saber médico en esta narración, así como la complicidad que se genera entre el discurso médico y el del género heteronormado que busca mermar la voluntad de los dos protagonistas: Septimus y Clarissa. Quizás, inevitablemente, sesgado por mi experiencia personal, busco indagar, en particular, de qué maneras la complicidad anteriormente mencionada busca normativizar las subjetividades de ambos protagonistas.

La muerte del alma: El espacio privado en *Mrs Dalloway*

La ya famosa escena final de Septimus Warren Smith en *Mrs Dalloway* es la siguiente: cuando él —paciente— se da cuenta de que Holmes —doctor— está subiendo la escalera para llevárselo e internarlo, se acerca a la ventana, espera que el especialista entre a la habitación, y le dice “I’ll give it to you!” (108) antes de defenestrarse finalmente. El momento que otrora hubiese sido climático es desmerecido por Holmes cuando declara con desdén: “The coward!”, y es así como muere el chivo expiatorio de Clarissa Dalloway en la novela. En la introducción, escrita originalmente por Woolf a su novela, ella explica cómo se incorpora el personaje de Septimus a la historia. El plan original era que el suicidio fuera de Clarissa, la protagonista, única hasta ese momento. Sin embargo, a medida que la madeja narrativa se iba desenredando, Woolf se vio en la necesidad de incluir a un segundo protagonista, Septimus, considerado por la autora como el doble de Mrs Dalloway. Este pasaría a ser una versión más “marginal” de Clarissa, por ser de una clase inferior y por sufrir neurosis de guerra. De esta manera, a través de dos personajes distintos, se puede ver cómo funcionan en complicidad la normatividad de los géneros, en especial, pero no exclusivamente, en el caso de Clarissa, y la normatividad del llamado discurso médico, en el caso de Septimus, mayoritariamente.

En *Mrs Dalloway* es característico el protagonismo que tiene en el relato la ciudad —espacio abierto— en contraposición con el resto de la narración que transcurre en espacios cerrados: la sala de estar de Clarissa y la pieza de Septimus principalmente. Estos dos contextos espaciales diferentes confluyen y se contraponen en la operación de las normatividades anteriormente mencionadas, discurso médico y género, y, como consecuencia directa de esto, se crea un cisma irreconciliable entre la realidad interior y exterior de los personajes que determina la forma en que estos van enlazando el presente que habitan con el pasado ya vivido. Por lo tanto, el binomio adentro/afuera no es exclusivo de los espacios, sino que también se reproduce en los personajes mismos. Esta contraposición es clave debido a que opera como una iteración de una dicotomía que, al pensar el espacio más allá de la novela, representa un antagonismo construido de manera violenta (Bachelard 196). Las consecuencias de esta violencia se reflejan en *Mrs Dalloway*, en cómo este contraste entre el adentro y afuera afecta a ambos protagonistas porque tanto adentro/afuera como las vidas vividas en esos distintos espacios se tornan algo irreconciliable (Sautter-Léger 3).

Es, quizás, por esta misma razón que ambos protagonistas se ven más controlados cuando se encuentran dentro de lo que se considera espacio privado, mientras que es en el espacio público donde pueden desenvolverse con mayor naturalidad. El ejemplo *in extremis* más claro es el suicidio de Septimus, quien se arroja desde el espacio privado al público en un intento de mantener la libertad de su alma. Es más, esta escena también es el eco de una situación que se da al comienzo de la novela, cuando Clarissa abre las ventanas ese día por la mañana y exclama: “What a lark! What a plunge!” (3), para más adelante arrojarse, figurativamente, a la ciudad, donde ella también ejerce su libertad que, en esta novela, solo se logra obtener tras un salto al vacío. El espacio privado es entonces un espacio que funciona como encierro en la novela, donde se ilustra cómo operan las fuerzas normativas en su mayor alcance; el espacio cerrado implica que los personajes se ven confinados y atrapados cuando se encuentran frente a una figura representante de alguna fuerza normativa. Esto se puede ver de forma clara cuando Miss Kilman, la religiosa tutora de la hija de Clarissa, se encuentra dentro de su sala de estar:

Love and religion! thought Clarissa, going back into the drawing-room, tingling all over. How detestable, how detestable they are! For now that the body of Miss Kilman was not before her, it overwhelmed her - the idea. The cruelest things in the world, she thought, seeing them clumsy, hot, domineering, hypocritical, eavesdropping, jealous, infinitely cruel and unscrupulous, dressed in a mackintosh coat, on the landing; love and religion. Had she ever tried to convert anyone herself? Did she not wish everybody merely to be themselves? (92)

Clarissa aquí identifica a uno de los órganos normativos que la agobian: la religión. Cabe preguntarse, entonces, hasta qué punto este discurso normativo regula tanto a los cuerpos como a sus desplazamientos entre lo público y lo privado. Esto hermana aún más medicina y religión —¿y acaso la primera no se ha convertido en la segunda? —.

La interrupción del individuo comparece como motivo recurrente en el espacio tanto privado como público, cual agente encubierto de estas normatividades que busca sabotear las desviaciones interiores de estos sujetos. Tanto los pensamientos de Clarissa como los de Septimus, aparecen trancos cuando se encuentran entre cuatro paredes. Así como a Clarissa la interrumpe Miss Kilman, es la invasión de Holmes lo que gatilla el suicidio de Septimus. Se suma a esto que el tratamiento que el especialista dispone consiste exactamente en interrumpir el fluir de los pensamientos del protagonista, y así mantenerlo concentrado en el exterior. Para Holmes, la cura pasa en parte en involucrarse en actividades como el cricket o eventos en lugares públicos (17). El conflicto interior de Septimus es visto como poco más que un ruido que para no ser escuchado debe ser acallado con la bulla de un entorno social normado.

Por lo tanto, estas propuestas que lo impulsan a terminar con su interiorización vienen de la voz opresora que habita en el interior; la sugerencia misma implica someter sus pensamientos a interrupciones. El remedio de Holmes para el mal de Septimus —considerado por Holmes como un problema inexistente (19)— consiste en normalizarlo a través de su incorporación forzada a la sociedad, donde esta se encargaría de mantenerlo concentrado en el afuera e ignorando su adentro. El mayor problema con la sugerencia de Holmes es que el padecimiento de Septimus es justamente exacerbado por la humanidad y sus reglas; él no tiene un problema con su propia existencia ni

con el mundo en sí, sino que, luego de la guerra, siente que ha sido condenado por la humanidad misma debido al crimen de no poder sentir (71). El alivio para Septimus ocurre cuando en el espacio público puede interiorizarse libremente para apreciar la belleza del mundo, tal como lo hace Clarissa cuando abre las ventanas de su casa hacia Londres.

La visión entregada por Woolf acerca de los dispositivos normativos médicos y de género es crítica respecto del carácter impositivo de ambos. La cita bien puede vincularse con el concepto de performatividad de Judith Butler en *Gender Trouble* (1990), quien plantea que el género es visto como un rol o una construcción que funciona a modo de un atuendo que alguien se pone por la mañana —supuestamente existiendo un yo anterior al género (4). Para Butler, en contraposición, la performatividad es en sí misma el yo y su género. Por lo tanto, la normatividad del género es aquella que condiciona las acciones repetitivas de los cuerpos que últimamente definen la manera en que este se ejerce, ya que “gender is always doing” (33), y se consolida a través de “repeated stylization” (45). Sin embargo, en esto se debe considerar que la misma Butler enfatiza posteriormente en *Bodies That Matter* (1993) la mera idea de pensar en el concepto de género y sexo, en sí, ya es regulatoria porque demarca y diferencia los cuerpos que se busca controlar (S.N.)¹. Por lo tanto, el “hacer” y “ejercer” el género no es algo que individuos controlen a voluntad siguiendo sus deseos puesto que, finalmente, los cuerpos que importan y pueden materializarse son aquellos que están normados (7).

Por un lado, el rechazo de Clarissa hacia la religión está derechamente vinculado al carácter normativo de esta, lo que queda en evidencia con la forma en la que hace mención a la idea de “conversión”, que como muestra el texto citado con anterioridad, sería el mecanismo de control usado por la religión para expandir su rango de influencia. Al mismo tiempo, Clarissa presenta un resentimiento concreto frente al poder que Miss Kilman tiene sobre su hija, Elizabeth, e incluso arguye que Kilman se la ha arrebatado con sus creencias opresoras. Cabe destacar que el motivo de la conversión no solo aparece en el conflicto que Clarissa tiene con Kilman; Woolf también pone esta palabra en la boca del personaje de Bradshaw, quien describe que la cura para la locura de Septimus está en “la conversión” y las “proporciones”.

1 Las citas en este artículo que no tienen página provienen de versiones digitales en formato *epub* para Kindle donde los textos no siempre aparecen enumerados.

Pasar por alto el uso de estas palabras en el discurso médico utilizado por Woolf sería una torpeza debido a cómo buscan condicionar las vidas de los protagonistas. La crítica a la medicina en *Mrs Dalloway* es similar a la que se hace a la religión: la cura sugerida por los médicos es esencialmente la misma arma que utiliza la iglesia. Porter, en *A Brief History of Madness*, señala que históricamente ha habido un vínculo entre estos dos discursos, y que se puede remitir a los tiempos en que la locura era entendida como un problema espiritual, relacionada con posesiones demoniacas y lo sobrenatural (S.N). Esta simbiosis se ve consolidada en la modernidad, donde ambas instituciones, compenetradas por pensamientos ilustrados —y articulando estos a la vez—, pasan a formar parte del discurso legal, cuando son utilizados con frecuencia como respaldo para este último.

La forma en que Woolf construye a sus personajes enfermos y al mundo médico que los rodea en *Mrs Dalloway* se ilumina al considerar ideas sobre lo patológico de Georges Canguilhem y la “enfermedad mental” de Thomas Szasz. Canguilhem hace un seguimiento de las diferentes formas que han existido para entender la naturaleza de lo patológico, destacando que habría dos maneras fundamentales de entenderla: una cualitativa y otra cuantitativa. Comprender lo patológico como algo cualitativo es la propuesta del autor, que argumenta que debe ser entendido como un estado otro a la salud y no solamente una variación de esta. La salud no es una esencia sino una norma cuya función sería permitir la modificación y corrección de la existencia (77). Por otra parte, ha existido una tendencia dentro de los discursos médicos de catalogar lo patológico como algo cuantitativo que deriva del mal funcionamiento, ya sea por exceso o carencia, de algún sistema u órgano. Dentro de los argumentos de Canguilhem en contra de la visión cuantitativa se destaca que, al definir lo anormal de esta manera, se cae automáticamente en emitir juicios de valor no empíricos que implican la existencia de una normalidad objetiva de carácter normativo (56).

Esta definición de lo patológico cabe dentro de lo que los médicos de la obra de Woolf diagnostican en tanto anormal, cuando se refieren al padecimiento de Septimus como un problema con las “proporciones”², adjudicando lo patológico a un desequilibrio en su sensibilidad. Existe otra implicancia de utilizar la visión cuantitativa: la del juicio de valor, por jerarquizar inmediatamente un

2 Todas las traducciones presentes en este artículo son mías.

estado sobre el otro. La consecuencia directa de esto en *Mrs Dalloway* es que el protagonista, al ser etiquetado de enfermo, resulta marginado por ser inferior a aquellos considerados normales, lo que permite y justifica la desautorización de su voluntad. Ser paciente conlleva pasar de ser un sujeto enfermo a un objeto de tratamiento, sin poder decidir sobre su propio cuerpo y este es justamente el caso de Septimus. En su condición de enfermo, él ya no tiene voz y no puede opinar sobre su diagnóstico ni sobre el tratamiento, la única opción que tiene es “acatar la sentencia de los doctores” (Blackwell-Starnes 33).

Para el narrador de la novela, la “proporción” es la hermana de la “conversión”, ambas diosas del imperio (Woolf 73-74). La primera es una alusión al dominio de la razón y de los valores sociales del imperio británico; la segunda es una referencia al poder normativo ejercido de manera violenta sobre los individuos: “Conversion is her name and she feasts on the wills of the weakly, loving to impress, to impose (...) But conversion, fastidious Goddess, loves blood better than brick, and feasts most subtly on human will” (74). Estas dos entidades aparecen tanto en el arco argumental de Clarissa como en el de Septimus funcionando de forma paralela en ambos relatos porque la vida de ambos se ve condicionada a los caprichos de estos discursos. Cuando se dice que esta diosa se alimenta de la voluntad humana, se establece un escenario social y cultural en donde los sujetos, en desventaja por desviarse, pierden su libertad de decisión y acción.

Szasz, por otra parte, ejerce duras críticas que parecen acomodarse más a la perspectiva que entrega Woolf a través de sus personajes. En el prefacio de *The Myth of Mental Illness*, Szasz declara: Formerly, when Church and State were allied, people accepted theological justifications for state-sanctioned coercion. Today, when Medicine and the State are allied, people accept therapeutic justifications for state-sanctioned coercion. This is how, some two hundred years ago, psychiatry became an arm of the coercive apparatus of the state. And this is why today all of medicine threatens to become transformed from personal therapy to political tyranny. (30)

Si bien puede ser discutible su postura en cuanto al rol sociopolítico de la medicina, su posición parece acoplarse perfectamente a la visión entregada por Woolf en *Mrs Dalloway*. Tanto Kilman

como Bradshaw son representantes de una opresión institucionalizada de los sujetos y funcionan como agentes encargados de anular la voluntad de estos al desautorizarlos. En la novela, el enfermo no es el que tiene el poder de decidir su tratamiento pues, al perder su calidad de persona saludable, pasa a ser inferior, un marginal más junto a todo lo que se presenta como femenino frente a lo masculino. Por sobre todas las cosas, Szasz critica la situación antes descrita argumentando que la enfermedad mental es un mito que consiste en transformar al individuo en objeto de tratamiento médico por ser considerado como un elemento perturbador (xvii), y que el enfermo no es más que un constructo cultural que, al ser clasificado como tal, puede ser controlado, incluso de forma represiva, justificando acciones que son más políticas que médicas.

La religión también opera desde otro flanco: el del matrimonio. Podemos entender al matrimonio como uno de los ejemplos más claros de conjunción entre religión y legalidad que ha permanecido hasta más allá del siglo XX y que dentro de la novela es uno de los motivos más desarrollados. Es constante dentro de los recuerdos de Clarissa la presión existente sobre ella en cuanto al matrimonio, y cómo se debate entre el amor de Peter Walsh y Richard Dalloway, descartando en primera instancia su relación con Sally Seton —y casi sin hacer menciones a esta situación descrita como “[t]he most exquisite moment in her life” (27). En un principio, Clarissa tiene una relación sentimental con Peter, mientras que paralelamente sostiene una amistad con marcados tintes homoeróticos con Sally, sin embargo, la relación con Sally solo aparece como una amistad que cruza los bordes aceptados y que nunca tiene ni siquiera la opción de prosperar. Esta imposibilidad parece surgir en parte a la horizontalidad de la relación entre dos mujeres que no encajaría en el modelo social androcéntrico que depende de la jerarquía entre lo masculino y lo femenino como oposición binaria configuradora de esta visión de mundo (Bourdieu 22). En especial si se considera el contexto histórico del Imperio Británico de comienzos del siglo XX. Si bien la época posterior a la era eduardiana tardía se caracterizó por cambios sociales considerables que favorecieron el rol de las mujeres en la sociedad —como el advenimiento del sufragio femenino—, la condición de estas aún era precaria.

Por el contrario, la relación con Peter Walsh sí aparece en su pasado como una opción de Clarissa para llegar al matrimonio, pero esta, ciertamente, no es la mejor considerando que la personalidad rebelde de Peter lo transforma en un hombre fallido al no ser capaz de alinearse a los valores estructurados de la sociedad británica de comienzos del siglo XX. Esto se hace evidente con la aparición de Richard Dalloway, quien inmediatamente significa una amenaza para Peter porque, a diferencia de él, Richard sí representa a un hombre exitoso. Es por esto que Walsh suele llamar a Clarissa “la anfitriona perfecta”; él predice que su futuro estará en ser una esposa ejemplar y organizar fiestas la mayor parte de su tiempo; en otras palabras, su futuro está en convertirse en Mrs Dalloway. El día en que ella demuestra encajar perfectamente, evidenciando ser un miembro íntegro de la clase media-alta, Peter declara que murió el alma de Clarissa (44). Esto último se condice con los pensamientos iniciales de Clarissa mientras camina por Londres y siente que el espacio público la llena de vida.

En ese sentido, la muerte del alma de Clarissa ocurre cuando ella se deja absorber por las normas de lo debidamente aceptado: participar en cenas, hablar sobre la falta de clase del resto y, finalmente, casarse con el hombre con la carrera prometedora y valores conservadores. El motivo de la muerte del alma también es utilizado en el caso de Septimus cuando, al presenciar la muerte de Evans, pierde la capacidad de sentir (64). Si bien Clarissa padece porque “sacrificó” su alma para poder ser aceptada por su entorno, la gravedad del padecimiento de Septimus es diferente porque la consecuencia de la muerte de la suya es la causa de la locura que lo transforma en un marginado, representando el fracaso del heroísmo masculino en la guerra, una masculinidad trunca que no pudo mantener aquello que Bourdieu presenta como el artificio del supuesto vínculo entre virilidad y honor (24).

Por lo tanto, se puede ver a Septimus como a un personaje que no es lo “suficientemente hombre” para resistir la guerra, apelando a una feminización del personaje que anteriormente había mostrado valentía y masculinidad —razón por la que había sido ascendido. Sin embargo, el narrador deja entrever en el mismo pasaje una cercanía que va más allá de la camaradería entre Septimus y su oficial a cargo, Evans:

Septimus was one of the first to volunteer. He went to France to save an England which consisted almost entirely of Shakespeare's plays and Miss Isabel Pole in a green dress walking in a square (...) he developed manliness, he was promoted; he drew the attention, indeed the affection of his officer, Evans by name (...) (T)hey had to be together, share with each other, fight with each other, quarrel with each other. (64)

El homoerotismo entre estos dos personajes potencia y hace más explícita la desmasculinización de Septimus que puede ser leída como la causa del castigo de la locura al ser víctima de un “horror a la feminización” (Undurraga 340) que ve a esta última como lo abyecto que mancilla la pureza masculina. Es importante recalcar que la crítica no es hacia este Septimus femenino sino al sistema de normas y valores que lo empuja inicialmente a la guerra y que posteriormente lo oprime por no poder lidiar con las consecuencias de esta. Así como Connell indica que la masculinidad hegemónica pasa por el cuerpo porque depende de la habilidad de los hombres de ejercer actividades consideradas propiamente masculinas (44), la cordura masculina imperial exige ser capaz de ignorar las consecuencias de dichas acciones, como insensibilizarse a la muerte.³ De esta manera, el discurso médico también estaría cooperando en reforzar estos valores patriarcales en la novela: el Doctor Bradshaw utilizaría la medicina para propagar dichos valores imperiales de masculinidad (Chan 28). Esto coincidiría con que la psiquiatría en la era eduardiana se consolidaba más y más como una disciplina, que Woolf tilda de cruel en sus diarios (26).

Woolf disloca los valores conservadores de la época cuando narra que inicialmente la falta de emociones de Septimus, que gatilla su locura, es una fuente de orgullo para él porque la entiende como una prueba de estoicismo y hombría. Esta paradoja expone aun más la violencia del sistema normativo, viéndose ilustrado en los personajes resistentes al mismo; al intentar encajar, terminan por gatillar una contradicción que tiene como resultado la muerte de sus almas. La contradicción en el caso de Clarissa se ve con claridad con el motivo de la fiesta en *Mrs. Dalloway* funcionando como una alegoría de la norma que deja a unos dentro y a otros fuera de la sociedad, y la delata como un

3 Esto último quizás se consideraría especialmente deseable durante la Primera Guerra cuando se enviaron alrededor de 250.000 jóvenes ingleses menores de dieciocho años a las trincheras según fuentes de la BBC. <https://www.bbc.com/news/magazine-29934965>

personaje resistente en su pensamiento. Sin embargo, sus acciones demuestran que, finalmente, sí desea encajar en los modelos sociales tradicionales.

No es casualidad que sea ella la anfitriona –*the perfect hostess*– siendo la única forma en la que puede asegurarse un lugar en la fiesta. La preocupación, entonces, se traslada del ser invitada al tener invitados, que es algo que puede controlarse al depender de su desempeño como tal. Esto se refuerza con su reacción cuando no es invitada a almorzar con Lady Bruton, quien sí invitó a Richard, y cuyos almuerzos son famosos por ser excepcionalmente entretenidos. Clarissa inmediatamente se pregunta si esto se debe a que Lady Bruton no disfruta de su compañía, y comienza a sentirse angustiada frente a la idea de no ser aceptada por alguien como Bruton, quien es una mujer de clase alta y conservadora; o sea, una metonimia de la sociedad a la cual Clarissa busca pertenecer.

La razón por la que Clarissa no es invitada va de la mano con las muestras de resistencia a los valores heteronormativos que ella exhibe en la novela cuando revela sus motivos para escoger a Richard por sobre Peter: el matrimonio con un hombre conservador le permitiría una mayor estabilidad social, dejando de lado sus verdaderos sentimientos. Es así como la novela nos presenta a un personaje conformado por opuestos irreconciliables: Mrs. Richard Dalloway y Clarissa, desplazándose entre el mundo de lo aceptado y lo reprochado.

La contradicción de Clarissa puede verse en los espacios que ella es capaz de ocupar y en el rol que se autoimpone según el contexto en el que está. En primer lugar, tenemos la fiesta, que es un constructo espaciotemporal permitido solo para algunos y ahí no existe Clarissa, sino que es Mrs. Dalloway. En segundo lugar, existe la sala de estar, donde recibe a Peter Walsh, y en este espacio en particular vemos cómo Clarissa y Mrs. Dalloway entran en un conflicto apareciendo ambas en la conversación con Peter, quien incluso hace notar las contradicciones de la protagonista al llamarla en tono burlón la anfitriona perfecta. La aparición de Walsh en este espacio se debe a que él es un desadaptado social que se fue a vivir a la periferia del imperio y que tiene amoríos clandestinos relacionados a su dificultad para aceptar la vejez. A pesar de estos rasgos, Peter es un personaje que pertenece al mundo de los sanos y a una clase social similar a la de Clarissa y en la novela se le permite ocupar un lugar dentro de la casa de los Dalloway.

La normatividad, tanto de género como médica, oprime a los personajes resistentes a través de la remoción de sus individualidades. El matrimonio, fusión entre religión y legalidad, silencia a Clarissa para transformarla en Mrs Richard Dalloway. El tratamiento médico, con un discurso similar al de la religión y apoyado por la legalidad, empuja a Septimus al suicidio para mantener su libertad. Ambos personajes sucumben a sus propias contradicciones: el supuesto estoicismo de Septimus es equivalente a los deseos de Clarissa de encajar considerando que ambos son miembros anómalos de la sociedad cuya interioridad está en constante conflicto con el mundo público (Sautter-Léger 3). Esta disonancia tiene como resultado la muerte del alma que, sin embargo, aquello logra ser superado de cierta forma gracias al suicidio de Septimus y la epifanía de Clarissa al final de la novela: “Death was defiance” (134). De esta manera, la muerte del protagonista representa un escape del otrora implacable discurso médico (Blackwell-Starnes 32).

La ciudad desbordada

“Mrs Dalloway said she would buy the flowers herself”, es quizás uno de los comienzos de novela más famosos en la literatura. Esto es de particular interés porque desde la oración inicial del relato vemos cómo Clarissa parte su día decidiéndose por salir de la casa y aventurarse a la ciudad. Este breve y significativo pasaje muestra, por un lado, el deseo de autonomía por parte del personaje, y por otro, un anhelo por salir del espacio privado hacia el público. El deseo por la autonomía hace eco en la narrativa misma de la novela si se consideran las reflexiones de Michel de Certeau acerca de la interacción entre ciudad y transeúnte cuando el autor nos propone que “every story is a travel story—a spatial practice” (115). Entonces, así como Clarissa toma las riendas de su vida cuando se aventura en la ciudad, también se gatilla la narración misma. La libertad entregada por la ciudad funciona como un reflejo de la construcción misma de la novela y de los personajes y sus subjetividades. Para de Certeau, la historia que cuentan los transeúntes es aquella donde confluyen los diversos significados que estos le dan a los espacios (93) y en la novela, estas narrativas serían aquellas que cuentan sobre una experiencia estética y de libertad que solo es posible en la ciudad.

Si bien, la sensación de libertad no es una constante en la ciudad, allí las fuerzas normativas se ven disipadas y, por lo tanto, se permite la aparición intermitente de momentos anárquicos de parte de los sujetos resistentes. Pareciera que, en un espacio cerrado, como lo es el privado, es mucho más fácil que las fuerzas normativas sometan al “otro” (un enfermo, una mujer) a través de un agente de control (un médico, un marido). Sin embargo, esta no sería la única causa de la libertad que sienten ambos protagonistas en la ciudad debido a que cada uno experimenta unicidad con ella.

El caso más estudiado es el de Clarissa, a quien bien se la podría llamar una *flâneuse* por la forma en la que se desenvuelve y observa la ciudad. El comienzo de su recorrido es gatillado por la necesidad que surge de hacerse cargo activamente de una tarea: comprar las flores para su fiesta. Esta demostración de autonomía se puede llevar a cabo solo cuando sale de la casa y, a la vez, constituye una instancia creada por ella misma, que le sirve para construir su propia subjetividad y, considerando la manera en que abre las ventanas al levantarse, puede verse como una situación altamente deseada. Londres es un lugar que constantemente le está recordando a Clarissa el amor que ella siente por la vida, aquella capital es un aquí y un ahora que representa el estar vivo:

For Heaven only knows why one loves it so, how one sees it so, making it up, building it round one, tumbling it, creating it every moment afresh; but the veriest frumps, the most dejected of miseries sitting on doorsteps (drink their downfall) do the same; can't be dealt with, she felt positive, by Acts of Parliament for that very reason: they love life [...] what she loved; life, London; this moment in June. (6)

Cabe destacar la capacidad que, según la narración, tiene la ciudad de entregar esta sensación de dicha y plenitud, siendo transversal a todas las clases sociales. Londres es un espacio que hace invisible e iguala a sus transeúntes quienes encuentran allí un lugar para caminar de tal forma que significan la ciudad y se significan a sí mismos, algo que no pueden hacer en el encierro del espacio privado. Esto último aparece con la irrupción de un pensamiento anárquico dentro de las reflexiones de Clarissa mientras camina por la ciudad y que al parecer solo se hace posible cuando camina por el espacio abierto:

Clarissa thought and turned and walked back towards Bond Street (...) But often now, this body she wore (...) seemed nothing –nothing at all. She had the oddest sense of being herself invisible; unseen; unknown; there being no more marrying, no more having of children now, but only this astonishing and rather solemn progress with the rest of them, up Bond Street, this being Mrs. Dalloway; not even Clarissa anymore; this being Mrs. Richard Dalloway. (8)

Retomando las ideas de Butler sobre que la performatividad es en sí misma el yo y su género, aquí la protagonista tiene un momento de epifanía de la representación de su rol/género: Clarissa toma conciencia de cómo su cuerpo parece estar configurado por las representaciones que ella misma ha ejecutado. Esto gatilla una dualidad contradictoria en la que ella se bifurca en Clarissa, el yo anterior, que en realidad es inexistente, y Mrs Dalloway, el yo construido que sí existe. Si bien la protagonista parece creer en la “ingenuidad” que Butler describe cuando se cree que existiría algo así como un género auténtico anterior, deja en claro que Clarissa ha sido anulada y, por lo tanto, aquella “Clarissa anterior” no es más que una representación que dejó de representarse. Cabe destacar la forma en la que el cuerpo es sentido por Clarissa: a través de este se concretiza el rol del personaje. Su cuerpo es algo que no es suyo, sino que es un rol, un disfraz que ella misma se ha obligado a usar y que la vuelve invisible en la aparente insignificancia de su papel como esposa. El deseo de ser parte de “ellos” tiene como consecuencia la anulación de sí misma para convertirse en la extensión de un hombre. La contradicción se hace presente de forma evidente: por un lado, vemos a Mrs. Dalloway que hace todo lo correcto —y posible— para formar parte del mundo de su esposo, por otra parte, vemos a Clarissa que, mientras camina por Londres, cuestiona el mismo rol que desea.

Al mismo tiempo, ese caminar que la lleva a la epifanía también es performatividad en sí misma, si se toma en consideración la configuración del espacio urbano como una locación dinámica que se sostiene sobre las interrelaciones que se crean en este mismo (Massey 9), por lo tanto es una dimensión de múltiples recorridos, “a simultaneity of stories-so-far” (24). Lo que es más, al igual que el concepto de performatividad de Butler, el espacio no es algo que exista de forma anterior a las relaciones que se generan en este; el género es la performatividad misma que los construye

y el espacio está configurado por los recorridos y relaciones ejecutadas —podríamos incluso decir *representadas*— por sus peatones, idea también desarrollada por Andrew Thacker cuando discute *Mrs Dalloway*: “[w]e should not think of space as something external to human beings, since space is intrinsically linked to the dwelling experience of humans” (14). Esto nos lleva necesariamente a reflexionar sobre uno de los hitos de Londres mencionados en la novela: el Big Ben. Las campanadas de este reloj —que incluso puede verse como un símbolo del dominio del Imperio Británico sobre el tiempo— funcionan como un *leitmotiv* en la narración que va creando lazos entre los personajes transeúntes que, además, funciona como ancla que arrastra a los personajes al presente en una narración plagada de analepsis. Tanto tiempo y espacio funcionan en cuanto flujos que conectan a Clarissa y Septimus en un cronotopo donde el aquí está en el palimpsesto de interrelaciones espaciales de Londres, y el ahora, en el continuo recordar del paso de las horas. La ciudad también es una fuente de otras instancias que reúnen a los personajes dentro de un marco común, como la escena del avión publicitario que es observado por los protagonistas y por otros transeúntes: “letting out white smoke from behind, which curled and twisted, actually writing something! making letters in the sky! Everyone looked up” (15). Esta situación, al ser experimentada por muchos, ilustra cómo el espacio se construye a través de las múltiples interpretaciones que, a su vez, vincula las diferentes líneas narrativas de los habitantes del espacio mismo.

La primera aparición de Septimus en la novela ocurre justamente en la ciudad en un ejemplo muy claro de palimpsesto: dos trayectorias diferentes se cruzan y solapan, tal como ocurre con las líneas narrativas de la novela, porque a fin de cuentas las trayectorias son los personajes y los espacios mismos. Londres como espacio no es solo creación de Clarissa, sino que se configura gracias a la superposición y encuentro con Septimus, configuración espacial que es descrita por de Certeau como: “...intertwined paths give their shape to spaces” (97).

El protagonista se caracteriza por ser un personaje que es constantemente atormentado por visiones de Evans explotando luego de pisar una mina; sin embargo, se destacan dos episodios en los que él pareciera tener epifanías que logran mitigar su sufrimiento. La primera nos hace pensar en un Septimus iluminado quien, en un estado casi de nirvana, se ve abrumado por la belleza del

mundo circundante que lo lleva al borde del llanto (16) y que, finalmente, lo conduce a un estado de conciencia tal que reconoce un paralelo entre los árboles y él mismo, pues ambos son seres vivos (17). Esta realización conlleva un momento de libertad, sin doctores, que es impulsado por el estímulo que solo el espacio abierto de la ciudad puede proveer.

Por otro lado, su segunda epifanía permite ver un cruce entre el discurso del personaje con de Certeau. “Communication is health; communication is happiness” (69), dice Septimus cuando reflexiona acerca de la imposibilidad de comunicar lo que siente en ese momento. Este pensamiento, articulado en el exterior, se ejemplifica en una de las escenas finales del personaje, antes de su suicidio, cuando él y Rezia logran entablar una conversación distendida como cualquier otro matrimonio joven. La idea de la comunicación terapéutica inmediatamente hace eco con el psicoanálisis, pero más allá de esta idea también resuena cuando de Certeau plantea: “The act of walking is to the urban system what the speech act is to language or to statements uttered” (97). En otras palabras, caminar es comunicar, por lo tanto, el construir/significar el espacio urbano, al ser un acto comunicativo, le brinda a Septimus momentos de lucidez y salud. Es importante en este caso establecer que en este caso *salud* refiere al concepto desarrollado por Canguilhem al comienzo del artículo: no se trata de un estado fijo previo, sino que es la capacidad dinámica de adaptarse a un nuevo contexto.

La idea de la ciudad como un lugar que permite instancias de escape y resistencia (y ¿por qué no?, de salud también) se ve enriquecida si tomamos en consideración que el caminar significa carecer de un lugar, como es planteado por de Certeau: “It is the indefinite process of being absent and in search of a proper”. (103). En este caso podemos decir que ambos protagonistas, en su alteridad, se encuentran ya desprovistos de un lugar fijo al no calzar con la representación del rol que se espera de ellos (mujer y enfermos obedientes), por lo tanto, la ciudad parece poder entregarles un lugar, al ser en sí misma una falta de lugar y un espacio de búsqueda.

Mrs Dalloway muestra que el dinamismo intrínseco de la performatividad del género parece tener paralelos en la construcción de los sujetos saludables/enfermos y en las formas en que se configuran en el espacio urbano. La ciudad, a su vez, está en constante construcción y revisión

al igual que un cuerpo que se cuestiona sus roles de género y salud. El espacio público, aunque controlado por los discursos hegemónicos, en su amplitud es, finalmente, inabarcable y en esto está siempre disponible para darle asilo a los que se resisten a que los discursos dominantes decidan por sus cuerpos.

Un epílogo desde el otro encierro

Han pasado varios años desde que escribí el texto anterior y ahora somos casi todos los que nos encontramos en un encierro forzoso. Desde la ventana frente a mi escritorio veo al cerro Manquimávida, chamuscado luego del incendio de enero 2020. Pienso en lo esencial de tener el poder de tomar decisiones. No me refiero a tener agencia, sino que a algo más acotado y sencillo como lo es meramente poder decidir.

El peligro de la hegemonía de los discursos dominantes está en su capacidad de apropiarse de aquello que la sociedad considera indiscutible para instalar sus propias agendas. El problema no es la medicina, ni la ciencia, ni la razón. El problema está en los discursos hegemónicos que secuestran estas áreas del saber. Tomaré como ejemplo lo que ocurre en este mismo instante en el año 2020: las cuarentenas son indiscutiblemente medidas que previenen el avance de la pandemia de COVID-19 que estamos viviendo; necesitamos estar encerrados. Sin embargo, se debe estar alerta a qué y quiénes son patologizados, y por quiénes y para qué motivos. Así como la patologización de las enfermedades mentales sirvió (y sirve) para mantener la abyección de lo femenino, la pandemia actual también está siendo utilizada por grupos dominantes que ven al avance del virus como una oportunidad de perpetuar y justificar su propia supremacía. Prueba de esto es la fijación cultural en repetir el mito de origen de esta enfermedad: un *chino* se comió a un *murciélago*.

Distinto hubiese sido si se hubiera tratado de un cerdo o un pollo en cualquier lugar de occidente (como ha ocurrido con pandemias y epidemias anteriores). El énfasis está en lo abyecto y esto no es nada nuevo, como escribe Wenying Xu cuando denuncia la racialización de las identidades asiáticas a través de la ingesta: “Those who eat ‘filthy’ food are believed to indulge in filthy ways” (6). Cabe preguntarse, entonces, si cuando personajes como Donald Trump *deciden* llamar a la COVID-19 *kung flu* o *Chinese virus* no lo hacen solo para confirmar y contagiar sesgos raciales que tenía de antes.

El murciélago no sería más que una excusa, una bandera falsa, para justificar el racismo existente con mucha anterioridad. Los que decidieron patologizar el padecimiento causado por no encajar en los modelos de género se suman a los que decidieron que la pandemia era consecuencia de la suciedad de una “raza”. Todos ellos, en conjunto, tergiversan y se apropian de discursos de saberes que creen que les son propios para perpetuar su hegemonía. Así como estos discursos hegemónicos han sido usados para encerrar a los “anormales”, ahora, durante la pandemia también han sido usados para encerrar dentro de estereotipos raciales a parte de la población como una excusa para poder demonizarlos.

Obras citadas

- Bachelard, Gaston. *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica, 2012. Ebook.
- Blackwell-Starnes, Katt. “Life was good, the sun hot’: Septimus, sanity and suicide”. *Virginia Woolf Miscellany*, No. 99, 2017.
- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Anagrama, 2006.
- Butler, Judith. *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*. Routledge, 1999. Ebook.
- . *Bodies that matter: on the discursive limits of sex*. Routledge, 2011. Ebook.
- Canguilhem, Georges. *The normal and the pathological*. Zone Books, 1989.
- Certeau, Michel de. *The practice of everyday life*. University of California Press, 1984.
- Chan, Evelyn T. “The ethics and aesthetics of healing: Woolf, medicine and professionalization”. *Women’s Studies*, 2014. Taylor and Francis Group.
- Connell, R. W. *Masculinities*. 2nd ed. Polity, 2005.
- Margree, Victoria. “Normal and Abnormal: Georges Canguilhem and the Question of Mental Pathology”. *Philosophy, Psychiatry, & Psychology*, Volume 9, No. 4, December 2002, pp. 299-312. The Johns Hopkins University Press.
- Massey, Doreen B. *For space*. SAGE, 2005.
- Porter, Roy. *Madness: a brief history*. Oxford University Press, 2002.
- Sautter-Léger, Sabine. “Railed in by a maddening reason: a reconsideration of Septimus Smith and his role in Virginia Woolf’s *Mrs Dalloway*”. *Papers on language and literature*, Vol. 53, No., 2017.
- Szasz, Thomas Stephen. *The myth of mental illness: foundations of a theory of personal conduct*. Rev. ed. Harper & Row, 1974.
- . *My madness saved me’’: the madness and marriage of Virginia Woolf*. Transaction Publishers, 2006.
- Thacker, Andrew. *Moving through modernity: space and geography in Modernism*. Manchester University Press, 2003.
- Undurraga Valdés, Verónica. “Cultura y diversidad de formas de vida: la homosexualidad”. *Estudios públicos*, No. 103, 2006, pp. 337-358. Universidad de Chile.
- Woolf, Virginia. *Mrs Dalloway*. Penguin, 2000.